

## ***EL IMPULSO VITAL DE LA REGENERACIÓN CÓSMICA: LAS HIEROFANÍAS VEGETALES***

*Kattia Chinchilla Sánchez*

### **RESUMEN**

El orbe entero, así como la experiencia limitada del hombre, están simbolizadas por el árbol cósmico, o bien, en menor proporción, por una especie vegetal. En este artículo, se comenta lo relacionado con las hierofanías vegetales, enfocado principalmente hacia la simbología del árbol, fuente universal de vida. Además, se analiza la presencia de estas hierofanías en algunos mitos.

### **ABSTRACT**

The whole world, as well as the limited human experience, are symbolized by the cosmic tree, or else to lesser degree, by a species of vegetable. This article comments on issues related to the Eleusinian vegetables, focused principally in the symbolism of the tree, universal fountain of life. Moreover, the presence of this Eleusian theme in some myths is analyzed.

Cual la generación de las hojas, así la de los hombres.  
Esparce el viento las hojas por el suelo, y la selva, reverdeciendo,  
al llegar la primavera produce otras: de igual suerte,  
una generación humana nace y otra perece.

Homero

En esta ocasión, hemos de comentar lo pertinente a una hierofanía vegetal, la cual a menudo redundante en el polimorfismo de la simbología del árbol, donde, por ejemplo, se considera que en él subyace el cosmos por entero y, así, el “cortar de raíz el árbol cósmico” implicaría una superación total de las apariencias, de las representaciones en cuyo origen está la fuente inagotable de la vida universal. El orbe entero, así como la experiencia limitada del hombre, están simbolizadas por el árbol cósmico, o bien, en menor proporción, por una especie vegetal. El símbolo del loto emergiendo de las aguas expresa la procesión de los ritmos cósmicos, en cuanto a que las aguas representan lo no manifestado, los gérmenes, las latencias y el símbolo floral simboliza la manifestación, la creación cósmica. Varuna, en tanto que dios de las aguas, de la lluvia y de la fertilidad, era originariamente la raíz del árbol de la vida, la fuente de toda la creación. Así las cosas, el árbol de la vida es el prototipo de todas las plantas milagrosas que resucitan a los muertos, curan las enfermedades, devuelven la juventud y nutren a la humanidad.

## 1. Rasgos vegetales determinantes

Una especie vegetal tan completa como el árbol, reproduce —ya sea de manera ritual y concreta, o mítica y cosmogónica e incluso puramente simbólica— el cosmos vivo, el cual se regenera incesantemente. Siendo la vida inagotable, la hierofanía vegetal equivale a la inmortalidad: el árbol-cosmos puede convertirse en el árbol de la “vida sin muerte” y, como tal, traduce, en la ontología primigenia, la idea de realidad absoluta, es decir, un símbolo del centro del mundo, por donde pasa el *axis mundi* (ver Chinchilla Sánchez 2000, apartado 2). Obviamente, nunca se ha adorado a un árbol sólo por sí mismo, sino siempre por lo que a través de él se “revelaba”, por lo que implicaba y lo que “mostraba”, en su calidad de hierofanía. De igual manera, las plantas llamadas mágicas o farmacológicas deben también su eficacia a su prototipo mítico. “No existe el culto al árbol por sí mismo; pues bajo esa figura se esconde siempre una entidad espiritual”, nos dice Nell Parrot (1937: 19); sin embargo, su puntualización pareciera inexacta, por cuanto eso “que se esconde”, según nuestro criterio, es el poder de la hierofanía propiamente dicha, la virtud de la mostración de lo sagrado de transmitirnos la trascendencia plena.

El lugar sagrado es un microcosmos porque repite el paisaje cósmico, porque es un reflejo fidedigno del todo. En este sentido, el altar y el templo —o el monumento funerario o el palacio— son a su vez microcósmicos, porque son centros del mundo, porque están en el corazón mismo del universo y porque constituyen una *imago mundi*. La noción de centro de la realidad absoluta —absoluta por ser receptáculo de lo sagrado— va implicada incluso en las concepciones más elementales del sitio sagrado, concepciones en las cuales siempre contamos con la presencia del árbol sagrado. En el capítulo anterior, hablábamos de la piedra como la realidad por excelencia, la indestructibilidad y la duración; el árbol, a partir de su regeneración periódica, revela el poder sagrado en el orden de la vida. Cuando las aguas completan este paisaje cosmificador, ellas simbolizan las latencias, los gérmenes y la purificación. Este paisaje microcósmico quedó reducido, con el paso del tiempo, a uno solo de sus elementos constitutivos, quizás al más importante: el árbol o la estela sagrada. El árbol termina por expresar por sí sólo el cosmos, al incorporarse, con una forma aparentemente estática, la fuerza, la vida y la capacidad de renovación periódica del universo.

Así como el mito de la “fuente de la vida”, las hierofanías vegetales, en toda la extensión de la palabra, rejuvenecen, conceden larga existencia (o la inmortalidad en sí). Tal es el caso de las manzanas del jardín de las Hespérides, según los helenos. Con sólo el hecho de poseer estos frutos de oro, plantados en el país del ocaso, se alcanzaba la vida eterna. Por cierto, de manera excepcional, la inmortalidad no era algo que pudiera tentar al sabio ni al místico, el cual aspiraba a la liberación y no a una prolongación indefinida de la existencia. Asimismo, anhelaba una separación definitiva del cosmos, una autonomía espiritual absoluta y no una perduración en el tiempo.

Detrás de todas esas versiones del vegetal milagroso, estamos ante la presencia del paradigma originario, el árbol de la vida: la realidad, la sacralidad y la existencia plena concentradas en un árbol prodigioso, el cual se instala en un “centro” o en un mundo inaccesible y del que sólo pueden comer los elegidos.

Así las cosas, sabemos cómo los árboles o la vegetación encarnan siempre la vida inagotable, la cual corresponde en última instancia a lo sagrado por antonomasia. El cosmos está simbolizado por un árbol; la manifestación de la divinidad puede ser dendromorfa; la fecundidad, la

opulencia, la suerte, la salud —o, en un nivel superior, la inmortalidad o la eterna juventud— están concentradas en las hierbas o en los árboles; el género humano a veces desciende de una especie vegetal; la vida humana, cuando se ve truncada, se refugia en las formas vegetales; en síntesis: todo lo que es, todo lo que está vivo y todo lo que es creacional está siempre en estado de continua regeneración y estas cualidades se expresan por hierofanías vegetales, lunares, acuáticas o telúricas, las que comparten, en su seno, la ley del devenir cíclico.

Se ha representado míticamente al cosmos con la forma de un árbol porque ambos se regeneran de manera periódica. La primavera es un renacimiento de la vida universal y, por tanto, de la existencia humana. Por este suceso cósmico, todas las fuerzas creadoras recobran su vigor inicial: la vitalidad se rehace integralmente, todo vuelve a empezar y así se repite el acto primordial de la creación cósmica, porque toda regeneración es un nuevo nacimiento, un retorno al tiempo mítico en el cual, por primera vez, apareció una forma capaz de renacer cíclica y periódicamente. Sin embargo, el árbol, la vegetación y hasta la propia madera quemada, en las ceremonias rituales, adquieren eficacia por su simple regresión a la potencia, por la vuelta al estado de simiente.

## 2. El árbol sagrado

Es indiscutible que, para la experiencia religiosa, el árbol —o mejor dicho, ciertos árboles— representaban un poder, en tanto que han sido hierofanías. El árbol se transmuta en un objeto religioso en virtud de su poder, es decir, en virtud de aquello que manifiesta y que trasciende de él. Pero ese poder está respaldado a su vez por una ontología: el árbol está cargado de valores sacralizados porque es vertical, porque crece, porque pierde las hojas, pero, porque las recobra, es decir, porque se regenera —muere y renace.

### 2.1. Árboles sacros de las antiguas Grecia y Roma

Entre los antiguos griegos y romanos hubo un profundo sentimiento religioso hacia determinados árboles, ya sea por sus beneficios para la humanidad, ya sea por su proverbial belleza, ya sea por sus cualidades apotropaicas, en definitiva, por ser agentes efectivos de la sacralidad. Si hemos de hacer caso a las afirmaciones de Plinio (XII, 2), los árboles habían sido los primeros templos y, asimismo, hubo una asimilación entre las especies vegetales y los seres míticos: el roble pertenecía a Zeus, el laurel a Apolo, el olivo a Atenea, el mirto a Afrodita, el pino a Cibeles, el álamo a Heracles. En el culto a los árboles, se pregonaba que una divinidad específica era la residente de una especie vegetal en especial, habiendo sido este criterio un resabio de las antiguas religiones de Asia occidental y Europa, inserto en las tradiciones grecorromanas, en las cuales la raza había nacido de los árboles o de las rocas (*Odissea*, XIX: 163) y donde hubo una edad dorada de convivencia armónica entre los seres humanos y las Ninfas, los Faunos, los Silvanos.

El roble, con sus bellotas comestibles, primeros alimentos de los habitantes del bosque, estaba consagrado tanto a Zeus como a Júpiter, padre de dioses y hombres, según los griegos y los romanos, respectivamente (Heródoto I, 66). El bosque de robles proféticos de Dodona es particularmente célebre como uno de los primeros santuarios de la religión y de la

civilización helénicas, no obstante, tales árboles era igualmente venerados, no sólo en Grecia, sino también en Italia. En Roma, en el Capitolio, se elevaba el templo de Júpiter, donde estaba un roble cerca del cual Rómulo deposita los primeros despojos. Sobre el Vaticano, hay una antigua inscripción de caracteres etruscos, que data desde los antiguos tiempos de Roma, en la cual se describe el culto del que era objeto el roble. Estos árboles estaban consagrados también a Marte. Suetonio (Vespasiano, V) nos narra cómo los robles de la finca de los Flavios estaban vinculados con el destino de los hijos de Vespasia, abuela del emperador. Cada vez que ella daba a luz, se producía un retoño, indicio cierto de los destinos del niño que había nacido. El primero fue débil y se secó en seguida, por lo tanto, la niña nacida no pasó del año. El segundo retoño fue robusto y largo y el hijo de Vespasia prodigaba gran salud. He aquí el nexa místico entre el árbol y el hombre, habiendo sido su antecesor simbólico.

Las Ninfas Melíades, llamadas a veces las Ninfas del fresno, fueron objeto de un culto antiguo, en el cual se les adoraba como madres de los primeros hombres. Nacieron de las gotas de sangre vertidas por los genitales cercenados de Uranos, cuando fue mutilado por Cronos. En recuerdo de este origen sanguíneo, las astas de las lanzas bélicas se hacían con madera de estos árboles, en los cuales se supone que ellas habitan. Igualmente, de los fresnos nació la raza de bronce, la tercera de las que poblaron la tierra, la cual era ruda y belicosa.

La higuera, propia de Ceres, de Baco o de Zeus, era sagrada para los atenienses, los lacedemonios y otros pueblos griegos y su fruto era considerado como un símbolo de iniciación hacia una vida mejor. Aquí el nexa entre la perennidad de las especies vegetales y la posibilidad de un renacimiento óntico resulta evidente. En este sentido, Pausanias (1, 27, 2) narra cómo Deméter otorga el higo, en señal de premio, a Fítalo, con el fin de que su simiente sea inmortal. Mientras tanto, en Roma, en el año 58 d.C., la higuera llamada Ruminal comenzó a secarse desde el tronco y empezó a perder sus hojas; esto fue interpretado como señal de mal agüero hasta que volvió a reverdecir con nuevos pimpollos (Tácito, 53). Esta higuera recibió tal advocación, pues cubrió a los gemelos Rómulo y Remo mientras eran amantados por la celeberrima loba (del antiguo latín “ruma”, teta). Esta famosa higuera Ruminal se encumbraba en el centro de la Roma primitiva, cerca de las primeras curias. Vemos cómo una especie arbórea sirve para la fundación central de una urbe, pues en las monedas es vista al lado del edículo circular, el cual supónese que fue la cabaña del mismo Rómulo.

Por otra parte, la Pitia había ordenado a los corintios venerar al pino y al lentisco (ar busto de la familia de las anacardiáceas), este último el instrumento de la muerte de Penteo y de la venganza de Baco (Pausanias 2, 2, 7). Penteo espía a las Bacantes o Ménades habiéndose subido en un lentisco; sin embargo, al ser sorprendido, lo descuartizaron y aún con vida esparcieron su cuerpo por todas partes. Así, el árbol fue venerado como la deidad misma. A Artemisa en Caria se le vio en un nogal (Pausanias 3, 10, 7); Artemisa en Orcómeno era un cedro (Pausanias 8, 13, 2); Artemisa Soteira (la Salvadora) en Beocia fue un mirto (Pausanias 3, 22, 12). Otros seres míticos tomaron la voz “árbol” en griego: Zeus Endendros y Helena Dendritis, ambos en Rodas; Diónisos Endendros, en Beocia (Pausanias 3, 19, 10). En el ámbito romano, Ovidio (*Metamorfosis*, 8, 5, 755) nos relata que un roble milenario le fue consagrado a Ceres: por sus milagros concedidos, las Dríades iban a danzar y a cantar bajo su sombra, hasta que Ericstitón ordenó su derribo, a pesar de que una de las ninfas habitaba el árbol y contaba con el favor de la diosa. Apenas fue golpeado, las ramas, el tronco y las hojas cambiaron inmediatamente de color y el árbol empezó a proferir gemidos espeluznantes. La gente horrorizada increpó a Ericstitón, quien, lejos de arrepentirse, siguió golpeando al árbol con el hacha, hasta que una voz le habló,

habiéndose identificado como la ninfa que habitaba allí y habiéndole advertido que, pese a su inminente deceso, sería vengada por la diosa Ceres. Nada impresionado por la revelación terminó su tarea de derribar el roble. Empero, su castigo no se hizo esperar: fue condenado a sentir hambre perpetua. Subrayemos en este mito el ligamen entre la prosperidad y la hambruna, en manos de una figura telúrico-vegetal, pareja de características contrarias (*coincidentia oppositorum*); es-to es, una hierofanía vegetal otorga la bonanza y también la quita cuando ha mediado una falta ritual, como lo es la impiedad. Ahora bien, la residencia de un ser mítico en un árbol tiene la misma connotación de la estancia de un antepasado o una deidad en una piedra o hierofanía lítica.

El olivo, creación de Palas Atenea, signo de su victoria sobre Poseidón, a propósito de su memorable disputa sobre el Atica, aún permanece consagrado. Conservamos en un recinto del templo del Erecteion, en la acrópolis de Atenas, un tronco antiguo valorado como el retoño que la diosa habría hecho surgir del suelo, cuando puso allí su lanza. Este tronco en particular ostenta la máscara de la Gorgona y unas armas que le dan aspecto de trofeo. Pertenecientes a diferentes museos, existen varios monumentos conmemorativos, los cuales evidencian rasgos comunes: son figuras arbóreas, depojadas de sus ramas, que portan una estatua de Palas Atenea y un trofeo de armas al lado de un guerrero. En algunos aparece la Nike (la Victoria) ofreciendo una libación que consta de un árbol con una serpiente enrollada. Todos estos conjuntos plásticos son una imitación de las imágenes de Atenea Poliade o de Atenea Nike, las cuales consistían en un tronco de olivo no tallado y cubierto con un trofeo. La querrela entre Atenea y Poseidón y la consecuente creación del olivo estaba representada en los frontones del Partenón, hacia el ángulo noreste, donde hoy sólo conservamos fragmentos.

Zeus, cuyo culto fue constantemente asociado con el de Atenea entre los atenienses, era también el protector del olivo, con el epíteto de Zeus Mórios o Kataibátees, es decir, que protege con el rayo a los olivos sagrados. Usábase las ramas de olivo con fines purificatorios (Sófocles, *Edipo en Colono*: 699), lo cual demuestra, una vez más, el carácter cíclico y purificador de las especies vegetales, pues al transitar por un período de muerte para renacer en la siguiente estación, ha mediado un deceso ritual y se ha regenerado nuevamente la vegetación con la pureza inicial. En este sentido, tanto Heródoto (8, 55) como Pausanias (1, 27, 2) consignan el siguiente suceso: durante el sitio de Atenas, por parte de Jerjes, el rey persa sásánida, fue quemado el templo del Erecteion, en la acrópolis, junto con el olivo célebre de Atenea. Pero al día siguiente del incendio, todos, bárbaros y griegos, vieron cómo había brotado milagrosamente un retoño del tronco, el cual medía uno o dos codos (unos 42 y 84 centímetros respectivamente). Reafirmamos la capacidad regenerativa *ad infinitum* de la madera quemada de un árbol sagrado, desde la perspectiva de lo mítico-simbólico. La reiteración de este concepto capital en las hierofanías vegetales nos lleva a suponer que el tránsito de muerte es siempre vencido, al tenor de la ley selénica e inmutable del devenir cíclico.

Las ramas o las coronas de olivo eran colocadas como símbolo de bendición, de clemencia y de paz, en las manos de los suplicantes, en las residencias y en las cunas de los infantes. Asimismo, era el símbolo de la victoria en las cabezas de los vencedores de los juegos o de los héroes guerreros.

Por su parte, el laurel era el árbol de la salud por excelencia. Dadas las virtudes atribuidas, hacían de éste un elemento por emplear en las ceremonias lustrales. Se creía que no sólo era capaz de purificar sino también de sanar; no sólo de prevenir sino también de desviar las malas influencias, incluso por estar al abrigo del rayo. Contábase que Tiberio le temía a las tempestades, por lo que llevaba entonces una corona de laurel en la cabeza (Suetonio,

Tiberio, 59). En esta misma línea, el laurel se plantaba, como medida de precaución, delante de las casas, o bien se sujetaban ramas del árbol sobre la entrada de estas. En Roma, cada año durante las calendas de marzo (el día primero, para nosotros), los follajes eran renovados y este período no fue escogido al azar, dado que es el tránsito del solsticio de invierno hacia el equinoccio de primavera, el lapso de la regeneración vegetal.

El mito nos narra que Apolo, enamorado de Dafne, la persiguió hasta que se convirtió en el árbol de laurel, pues la doncella le rogó a la tierra que se la tragara. Desde entonces, el laurel —cuyas hojas jamás dejarán de ser verdes— se transformó en el árbol predilecto del dios. Subrayemos la perennidad del verdor de las hojas del laurel, característica de lo vegetal hacia la eternidad. Las personas supersticiosas portaban bastones de laurel o masticaban hojas del árbol constantemente, tratando de vincularse con las virtudes benéficas y protectoras, no sólo del laurel, sino de las especies vegetales en general. Siendo árbol de la adivinación y de la profecía, como las encinas de Dodona, la Pitia predecía el porvenir y los vaticinios con su respectiva corona de laurel, con unas ramas en su mano o con una hojas en la boca.

La palmera era también atributo de Apolo, porque el dios había nacido con la participación de esta especie vegetal, en la isla de Delos. Siendo emblema bien conocido en Grecia y en Roma, la palmera simbolizaba las victorias conseguidas, sea en la guerra, sea en los concursos.

El mirto, consagrado a Afrodita, parece haber tenido una doble característica, placentera y fúnebre, común en la religiosidad de esta diosa; la juventud, la belleza, el amor, la unión no sólo de los amantes y de los esposos, sino también hasta de los ciudadanos. Se utiliza para confeccionar coronas para los matrimonios y las mujeres siempre las portan en todas las ceremonias del culto de Afrodita. En Atenas, el mirto era la insignia de los magistrados en sus funciones, de los oradores que toman la palabra en las asambleas públicas. En Roma, hubo dos mirtos plantados delante del templo Quirinal, uno para los patricios y otro para los plebeyos, simbolizando la unión de ambas clases sociales. Los romanos y los sabinos celebraron su reconciliación, luego de las luchas sangrientas, al coronarse con el mirto en la ovación y en el triunfo sobre el monte Albano. En los funerales, los carros eran adornados con ramas de mirto, los muertos eran coronados con mirto, se les ofrecía a las deidades infernales. Este rasgo estaba inserto en el simbolismo del mirto por su perennidad, al igual que el pino y el ciprés. La duración eterna está vinculada con la regeneración cíclica de las especies vegetales.

El álamo estaba consagrado a Heracles y a las divinidades infernales, a la vez, como todos los árboles clasificados como estériles. El pino también posee una significación fúnebre, se le otorga como atributo a Poseidón, a Pan, a Silvano, a Atis y a Cibele. Aquí subrayamos una de las facetas del destino vegetal, el tránsito mortuorio.

## 2.2. El árbol-centro del mundo en una leyenda costarricense

En los mitos y en las leyendas relativas al árbol de la vida, ha aparecido muchas veces implícita la idea de que está en el centro del universo y la noción de que enlaza el cielo, la tierra y el infierno por intermedio del *axis mundi*. El árbol, en estos mitos, expresa la realidad absoluta en su aspecto de norma, en su función de punto fijo, en su rol de soporte del cosmos. El árbol es el asidero por excelencia. Así, la comunicación efectiva con el cielo puede efectuarse, de manera claramente visual, en torno a él o por intermedio suyo. Sobre las relaciones entre el

mito y la leyenda, hablaremos en el capítulo conclusivo. La leyenda costarricense del origen de la laguna del Volcán Barva posee matices míticos y, por ende, simbólicos, entre los cuales está presente el árbol como centro del mundo. La leyenda comienza diciendo que “hace muchos años”, antes de la llegada de los españoles, la zona estuvo dominada por los aztecas. Aclaramos, este criterio está inserto en esta narración folclórica. El origen o el comienzo de algo tiene un prestigio mítico: *in illo tempore*, las cosas se empezaron a formar, todo comenzaba a ser. Todo relato se ubica en un pasado absoluto; de ahí que Ortega y Gasset hable de que el mito es un relato con hálito de pretérito; es la famosa frase de los cuentos infantiles “había una vez”.

Al pueblo, en el valle de Abra, cerca de lo que es hoy San Josecito de San Rafael de Heredia, llegó una comitiva de indios extranjeros (calixpishquis). Este es un elemento importante: lo sagrado es “lo otro”. Por tanto, los extraños representan tal concepto: seres de “otro” lugar que traen consigo objetos mágicos; como, por ejemplo, en la novela de García Márquez, *Cien años de soledad*, los gitanos traían los grandes adelantos al pueblo de Macondo. Asimismo, durante la conquista de América, los indígenas vieron deidades en los españoles, en los extraños; muchos, por otra parte, aseguran que los ángeles y hasta el propio Dios de los judeo-cristianos son extraterrestres de otro planeta, razón por la cual el fenómeno de los seres del espacio (los “ovnis” y temas vinculantes) reviste caracteres sagrados para quienes creen en ellos, pues son ajenos a la naturaleza humana y representan el sumo bien, rasgos determinantes de la definición de lo sagrado.

Volviendo a la leyenda en cuestión, la comitiva de indios extranjeros llevaba consigo un arbolito de matasano con una serpiente enrollada en él. El árbol de matasano (*Casimiroa sapota*) crece en lugares cálidos o templados; produce una fruta esférica de color verde amarillento, muy dulce y jugosa, la cual es muy apetecida por las sierpes. Además, se considera indigesta, pero, curiosamente, sus hojas se utilizan en el tratamiento informal contra la diabetes. La leyenda continúa diciendo que al poner la serpiente en el suelo comenzó a brotar agua de manera incesante. Aquí notamos el nexo entre el animal y las hierofanías acuático-telúricas, en cuanto a la profusión del líquido, hasta la formación de una laguna, la laguna del Volcán Barva. Esta serpiente se convierte en el monstruo del lugar, el cual devora a los niños del poblado cada doce lunas. Podemos interpretar que la serpiente sería un falo fecundador de la tierra, pero de manera peligrosa y hasta dañina, como lo fue la labor fecundadora de Uranos con Gea, según *La teogonía* de Hesíodo. Obviamente, los indígenas decidieron quedarse con el árbol y no con la bestia; no obstante, los extranjeros depositaron a la serpiente en la cumbre de una montaña y es allí donde se forma la laguna a la que hacemos referencia.

El árbol de matasano fue sembrado en el centro de la aldea. Conocemos que el árbol es uno de los temas simbólicos más extendidos y sabemos que implica la vida en perpetua evolución, pues representa el carácter cíclico y cósmico de vida-muerte-regeneración. Reúne los tres niveles del universo: cielo, tierra e infierno, o sea, es un *axis mundi*; agrupa tanto el mundo ctónico como la esfera uránica. El árbol de paraíso del Libro del Génesis, al cual nos referiremos en un apartado particular, tiene una serpiente y, al ser el árbol de la ciencia del bien y del mal, supone un símbolo de sabiduría. Es muy posible que los indios extranjeros estuvieran introduciendo el conocimiento al poblado, porque la presencia de ambos elementos reunidos —árbol y serpiente— así lo confirma: es símbolo de sabiduría telúrico-vegetal, ya que conocen los secretos de la tierra. Recuérdese el valor de la serpiente Pitón en el misterio de los oráculos. La serpiente por vivir en las oquedades y por arrastrarse sobre la tierra está íntimamente ligada a ella. Además, la sabiduría ancestral es potestad de la diosa telúrica:

Gea, Metis, Temis. Inclusive, las mujeres de la antigüedad se desempeñaban como sacerdotisas: por ser una facultad femenina, concedora de secretos, es indiscutible, así como la sabiduría inherente de la madre.

El árbol aúna todos los elementos: el agua circula con su savia, la tierra se integra a su cuerpo con sus raíces, el aire alimenta sus hojas y el fuego producto de su frotación. Por tanto, es una imagen del microcosmos. Por su carácter axial y erecto, es imagen del *mundi* (*imago mundi*) y muchas culturas así lo valoran: el roble entre los galos, el tilo entre los germanos, el fresno entre los escandinavos, el olivo entre los islámicos. Al concatenar las zonas cósmicas, el árbol es el árbol de la vida, el árbol central, generador de un espacio sagrado. Es también un símbolo fálico, siendo éste generador de la vida en su rol creacional: un falo erecto es un árbol, en virtud de su verticalidad, un tallo que no se rompe.

En su calidad de agente totalizador (*axis mundi*), existe una relación simbólica entre el árbol y el hombre, amén de la verticalidad de ambos. El árbol, como símbolo de lo humano, queda asentado en el antiguo rito del “casamiento de los árboles”. Además, en la iconografía, concretamente en el Manuscrito número 1316 del Museo Británico, en Londres, el hombre sale del falo de un hombre. Ritualmente, los futuros esposos siembran una pareja de árboles, uno macho y otro hembra, es decir, que representan los principios genéricos polares. De tal forma, esta unión vegetal asegurará la fertilidad de la pareja humana y homóloga con la arbórea. Estos ritos son muy frecuentes en la India, sobre todo cuando las féminas, después de varios años de matrimonio, no han tenido hijos. Las relaciones hombre-planta puntualizan la sacralidad existente entre el crecimiento del árbol y el crecimiento humano. Curiosamente, en Costa Rica, hace ya muchos años, a las mujeres que habían parido se les preguntaba si “el hijo les había pegado”, como si se tratara de una especie vegetal, dado que la tasa de mortalidad infantil era muy alta, alrededor del 40 por ciento. Asimismo, en un camposanto nacional existía la costumbre de sembrar un árbol cuando se enterraba a alguna persona, como si la vida del ser humano continuara místicamente en la del árbol.

El árbol de la vida es también el árbol de la muerte y viceversa. Como reafirmaremos más adelante, la llegada del árbol de matasano y la serpiente traerá consigo la muerte en el poblado. Las raíces se homologan con serpientes y dragones. En nuestro caso concreto, una serpiente arrollada en el árbol implica un símbolo helicoidal o espiral, de categoría selénica; de ahí la consecuencia de dominio lunar, el brotar agua. El árbol, como eje del mundo, es rodeado por un conjunto cíclico, presente en la serpiente.

Hablemos ahora de la serpiente. Ella, visible sobre la tierra, en el instante de su manifestación es una hierofanía. Rápida como el relámpago, le gusta vivir en las oquedades de la tierra; por esto posee valencias ctónico-funerarias. Es enigmática y genéricamente reúne los contrarios: es hembra y también macho, gemela en sí misma, desde la perspectiva simbólica. La serpiente está ligada con la vida y con la eternidad, pues muda de piel y se mantiene siempre joven. Por ejemplo, los caldeos usan la misma palabra al referirse tanto a vida como a este reptil en particular. Al ser anillada en su piel, la serpiente es un animal cíclico *per se*; además, se le considera un *axis mundi*, pues concatena las tres regiones cósmicas en función de su hábitat: mora en las grietas de la tierra (infierno), se arrastra sobre el suelo (tierra) y se eleva al atacar (cielo). Esto homologa al animal con el árbol, el cual hunde sus raíces en la tierra, se yergue sobre la superficie terrestre e iza sus ramas hacia la bóveda celeste.

Serpiente y círculo se unen cuando nos referimos al *ouróboros*: la serpiente que se muerde la cola. Es la unión sexual en sí misma, la autofecundación permanente; es la vida y



la muerte a la vez, pues se envenena por la boca (*coincidentia oppositorum*). Aquí lo rescata-ble es el rol cíclico de vida-muerte-renacimiento, común en el reptil y en la especie vegetal. Siendo espíritu de las aguas, subterráneas y superficiales, muchos ríos tienen nombre de sier-pes: Ophis, Draco. Incluso, Aqueloo, el río más grande de Grecia, adquiere la forma de ser-piente para enfrentar a Heracles. En el caso de nuestra leyenda, es marcada la relación del animal y del agua: su sola presencia hace que de la tierra mane el líquido vital. Asumiendo como exacto que los “extranjeros” fuesen aztecas, la serpiente emplumada es parte integral de las regiones más antiguas de la cultura del maíz, en las cuales se le invoca en los momentos de sequía o de lluvia abundante. El nexa con la fertilidad es notorio también en las especies vegetales, pues estas marcan el tránsito de los lapsos cósmicos y cíclicos (las estaciones).

Luego de la formación de la laguna del Volcán Barva, la serpiente sale de ella para de-vorar a los niños; este es un rasgo netamente femenino, ya que el tragar o engullir se asimila con las funciones homólogas de la vagina. Ahora bien, esta serpiente puede interpretarse co-mo la gran regeneradora e iniciadora, la dueña del vientre del mundo. En función de tales es-pecificidades, el conjunto mítico-simbólico árbol-serpiente garantiza el renacimiento de la na-turalidad. Además, las grandes deidades de la Madre Tierra tienen a la serpiente por atributo: Cibeles, Deméter, Isis, Ishtar, Gea. Las serpientes son protectoras de las fuentes de vida y de la inmortalidad.

El reptil de nuestra leyenda es repudiado por los nativos, así que los extranjeros lo co-locaron en la cumbre del monte, de cuyo suelo brotó agua sin cesar hasta crear la laguna del Volcán Barva. Este monte es una montaña cósmica, por donde pasa el *axis mundi*, lugar en el cual se junta el Cielo con la Tierra; es, pues un símbolo de ascensión, tal y como lo es el ár-bol, ya que alza sus ramas hacia lo celeste desde las profundidades infernales. Así, hemos vis-to como el árbol y la serpiente conforman una unidad, la cual apunta hacia el simbolismo del centro, en virtud del *axis mundi* que pasa a través de éstos. Unidos simbolizan, igualmente, la inmortalidad y la regeneración periódica.

### 2.3. Yggdrasil: el árbol cósmico de los nórdicos

Es el árbol cósmico por excelencia, el freno gigante, soporte del universo. La prime-ra de sus raíces se extiende hasta Niflheim, el mundo ctónico; la segunda llega hasta Jötun-heim, la tierra de los gigantes; y la tercera va hacia Asgard, la residencia de los dioses. En su base hay tres ruedas: Urbarbrunnr (la rueda del destino), desde la cual el árbol es regado por los Norns; Hvergelmir (la caldera hirviente), en la que habita Nighogg, el monstruo que co-rrae la raíz del árbol; y Mimisbrunnr (la rueda de Mimir, la meditación, el recuerdo), fuente de la sabiduría, en cuyas aguas Odín sacrificó su ojo, a cambio de un sorbo que le daría cono-cimiento. Luego del Ragnarök o relato del fin del mundo, este árbol cósmico fue el albergue para la nueva existencia. Puntualicemos aquí que las runas (el alfabeto) surgieron luego de la meditación de Odín sobre las ramas de Yggdrasil, la cual demoró nueve días. Por lo tanto, del árbol, como fuente de conocimiento, emerge el elemento civilizador, gracias a su capacidad de contener el cosmos mismo.

El árbol Yggdrasil, situado en el centro, simboliza y, a la vez, constituye el univer-so entero. Su parte superior toca la bóveda celeste, sus ramas se extienden por todo el orbe. Desde el período de su emergencia (tiempo en el cual los dioses organizaron al mundo),

Yggdrasil fue amenazado con la ruina: un águila devoraba su follaje, su tronco empezó a pudrirse y la serpiente Nidhög roía sus raíces. Según el mito, un día el árbol sucumbirá hasta caerse, tiempo en el cual acontecerá el fin del mundo (Ragnarök). Esta expresión de la “fragilidad” de Yggdrasil refleja el destino patético de las especies vegetales: nacer-desarrollarse-decaer-morir-renacer.

Obviamente, como lo comentamos en el apartado precedente, Yggdrasil es el retrato del árbol cósmico, por el cual pasa el *axis mundi*, que concatena las tres regiones del universo: cielo, tierra e infierno. Ante una visión totalizadora, el árbol atraviesa por una decrepitud, propia de la cosmovisión de los nórdicos, para quienes todos los elementos del universo traen consigo la semilla de la muerte, incluyendo a las deidades. No obstante, en el mito del fin del mundo, hasta Odín fallece, pero Yggdrasil permanece para dar amparo a la nueva pareja humana hierogámica, Lif (la mujer) y Lithraser (el varón).

Ahora bien, los dioses nórdico-germánicos se reúnen bajo la sombra del árbol cósmico, para administrar la justicia. En las grandes convulsiones del universo, Yggdrasil permanece inmóvil, enhiesto e invencible. Ni las llamas, ni las tinieblas, ni los hielos lo conmueven. Subrayemos que, a partir de la coincidencia de los opuestos, Yggdrasil combina la fragilidad con la inmutabilidad; de hecho es lo único que sobrevive después de la extinción universal, lo que refleja la perennidad de las especies vegetales, a la cual nos hemos referido a lo largo de este capítulo: nada lo puede destruir y, como fresno que es, es símbolo de solidez poderosa.

#### **2.4. El árbol genésico del conocimiento**

El hombre podía abolir la transitoriedad de la condición limitada probando los frutos del árbol de la inmortalidad y de la sabiduría. En el Libro del Génesis, con unas pocas y rápidas pinceladas nos dibuja el ignoto autor bíblico la vida dichosa de nuestros primeros padres, en el jardín de la felicidad que Dios les había preparado como morada. Allí crecía toda clase de árboles agradables a la vista y sabrosos al paladar; allí los animales vivían en armonía con el hombre; la mujer y el varón no sentían vergüenza ni conocían la maldad: era la edad de la inocencia. No obstante, este lapso de felicidad edénica fue breve.

En este mito, todo gira en torno al árbol del conocimiento del bien y del mal; ocupa, por decirlo de algún modo, el lugar central de la caída de la raza humana, en la cual interviene una serpiente. Sin embargo, podemos percibir un segundo árbol, situado muy cerca del primero, en medio del jardín. Se trata de una especie muy importante, pues es nada menos que el árbol de la vida, cuyos frutos confieren la inmortalidad a quienes los ingieren. Los frutos penden de sus ramas y sólo hace falta tomarlos y, a diferencia del árbol del conocimiento, no está cercado por ninguna prohibición divina. Los ojos de los protagonistas están pendientes del árbol del conocimiento y ni siquiera parecen darse cuenta de la existencia del árbol de la vida. Solamente cuando todo acabó, el mismo Dios cae en la cuenta de aquel árbol maravilloso, al cual no se le ha prestado atención, a pesar de estar cargado de posibilidades sin fin. Y temiendo Dios que el hombre (que es ya como él por haber comido del otro árbol) fuera también inmortal como él si comía también del fruto de este otro, lo expulsa del jardín del Edén y pone querubines o guardianes que, con espada llameante en sus manos, impidan el acceso al árbol de la vida.

En términos generales, podemos observar cierta confusión en el relato de los dos árboles, por lo cual se especulaba que había en realidad dos versiones de la caída: en una figuraba el árbol del conocimiento y en la otra el árbol de la vida. Sin embargo, ambas especies evidencian, por un lado, la sabiduría propia de aquellas entidades capaces de conocer el destino y sus temas colaterales por transitar las facetas transitorias (vida y muerte) y, por otra parte, la inmortalidad inherente a las formas de la vegetación, que han logrado trascender la polaridad antes citada gracias a la regeneración cíclica.

Los hebreos no fueron el único pueblo, como hemos visto, que poseía la idea del árbol de la vida. Un texto muy antiguo de las pirámides egipcias hace mención de un tal árbol en una isla lejana, tras cuya búsqueda partió el rey Pheops. Una escena frecuente en los relieves asirios es la de un rey de pie junto a un árbol, en compañía de genios guardianes, que bien están tomando o bien están tocando sus hojas. El árbol de la vida era igualmente uno de los rasgos del País de la Felicidad en el budismo chino. También en el paraíso céltico de Avalon crecía un avellano que proveía con sus avellanas dadoras de vida, tanto a los dioses como a los bienaventurados.

El árbol del conocimiento, en este contexto, aglutina el conocimiento *in toto*, tal y como lo poseen los dioses, en un lugar ubicado en el centro del universo, el Paraíso o el Edén. Todo el escenario sugiere un conjunto compuesto por una diosa desnuda (Eva), un árbol milagroso y su guardián, la serpiente. Pero el héroe Adán pretende triunfar y ganar la oportunidad de compartir el símbolo de la vida (un fruto prodigioso, la fuente de la eterna juventud, el tesoro).

Sin embargo, el tabú del árbol se ha mantenido hasta hoy, según relata el mito del Grial. Después del pecado original (la falta ritual), Eva se llevó, según unas versiones, una rama del árbol de la vida; sembróla en la tierra, donde creció y se reprodujo. Posteriormente, el árbol se tornó blanco como la nieve, aunque sus retoños permanecían verdes. Abel fue engendrado a la sombra del árbol blanco, un viernes; de inmediato, el árbol volvió a ser verde. En cambio, cuando Caín mató a Abel, siempre al pie de este árbol, sus hojas cambiaron nuevamente de color, volviéndose púrpuras. Entonces dejó de dar frutos y flores. Ahora bien, con esa porción del árbol de la vida fue confeccionada la cruz de Cristo, según algunas de las tradiciones cristianas. Jesús, asimilado como el segundo Adán, habría extinguido las faltas de los hombres desde el inicio de los tiempos, luego de sufrir mortal el martirio clavado en la madera de tan especial árbol, incluso cuando su sangre cae sobre el cráneo de Adán, quien habría sido sepultado justamente en el Gólgota, llamado Calvario, monte de la calavera. Además, según el Evangelio apócrifo de Nicodemo, el propio Cristo descendió al infierno para redimir a Adán, de manera personal.

El conjunto hombre-primordial (o héroe) en busca de la inmortalidad-árbol de la vida-serpiente o monstruo que guarda el árbol (o impide por astucia que el hombre pruebe sus frutos) aparece también en otras tradiciones. El sentido de esa coexistencia (hombre, árbol, serpiente) está bastante claro: la inmortalidad es difícil de adquirir; está concentrada en un árbol de la vida (o una fuente de la vida), emplazado en un lugar innacesible (en el confín de la tierra, en el fondo del océano, en el país de las tinieblas, en la cúspide de una montaña muy alta o en un centro); un monstruo (una serpiente) guarda el árbol y el hombre, quien tras múltiples esfuerzos consigue acercarse a él, tiene que luchar con el monstruo y vencerlo para apoderarse de los frutos de inmortalidad.

### 3. Adonis y el ciclo vegetal

Vinculado con el dios fenicio y sirio Tammuz, los griegos llamaron “señor” a una advocación oriental, conocida como Adonis, quien ha sufrido diversas transformaciones en sus mitos y en su culto, los cuales ocupan un lugar considerable en las representaciones plásticas más variadas. Desconocido para Homero, Adonis es nombrado por Hesíodo, por Alceo, por Safo, que compuso un canto en su honor y empleó un metro *ad hoc*, al cual advocó con su nombre (*versus adonius*). Con base en la tradición conservada hasta hoy, Adonis era hijo de Mirra (o Esmirna), princesa de Siria, a la cual Afrodita, en uno de sus arrebatos de ira, le había inculcado un malsano amor por su propio padre, Theias. Con la ayuda de su nodriza Hipólita, Mirra logró concretar su deseo incestuoso, habiéndose unido con su padre durante doce noches, pero en el último encuentro Theias descubrió el engaño y persiguió a su hija con un cuchillo para darle muerte. Ante semejante peligro, Mirra rogó la protección de los dioses, los cuales la transformaron en el árbol que lleva su nombre. Diez meses después, brotó Adonis de la corteza del árbol. Afrodita, enternecida ante la belleza del infante, decide hacerse cargo de él y lo encierra en un cofre, el cual entrega a Perséfone, mas la deidad infernal rehúsa después devolver a Adonis. Ambas indignadas por la injusticia cometida, acuden a Zeus, quien, en función de juez, ordena que el joven debe permanecer una cuarta parte del año con Afrodita, otra cuatro parte con Perséfone y la última cuarta parte del año consigo mismo. Posteriormente, por dudosos motivos, la diosa Artemisa lanzó contra Adonis un jabalí, que, durante una cacería, lo hirió de muerte.

Afrodita había vislumbrado el funesto fin del joven Adonis y le suplicaba que se alejara de la caza. Ovidio (*Metamorfosis*, 10, 297), Higino (*Fábulas*, 58), Teócrito (*Idilio XV y XXX*) y Bión (*Idilio I*) consignan el origen de especies vegetales a partir de Adonis y este suceso mortal: Afrodita extendió néctar sobre la sangre de Adonis y de las gotas de ésta nacieron las anémonas de pétalos rojos. Mas de las lágrimas vertidas por el joven surgieron las rosas. Por su parte, Perséfone transmutó parte de la sangre del bello mozo inerte en la planta de menta. Nótese cómo del deceso de Adonis emerge una especie vegetal que ha de continuar su existencia terrena de manera perpetua, pues, a través de estos relatos etiológicos, la rosa, la anémona y la menta paradigmáticas y prototípicas vivirán eternamente, en tanto que son “especies” —no flores pasajeras— y, al mismo tiempo, son Adonis en sí mismas, dentro de la mentalidad helena. Ahora bien, Adonis, antes de su deceso, transita la zona terrenal y la zona infernal durante diferentes partes del año, realizando de esta manera el tránsito estacional correspondiente de las formas vegetales y, por ende, prefigura la regeneración vital del universo en cada estadio: durante el invierno, mientras el sol recorre los signos inferiores de lo que llamamos zodíaco, la vegetación desaparece y la muerte se hace presente; ésta renace durante la primavera, se desarrolla rápidamente para ir extinguiéndose bajo el sol abrasador del verano.

Cabe destacar aquí que la rosa posee un poderoso simbolismo sexual, en el orden fecundador. Por ejemplo, se contaba que Ana, madre de la Virgen María, había quedado encinta al oler una fragante rosa. En cuanto a las anémonas, son las flores del viento, las cuales, en Grecia, poseían la virtud de ser fecundadoras y la menta era considerada un afrodisíaco en Roma, según Apuleyo, que la llama “*mentha venerea*” (la menta para el amor) y en el paleocristianismo era atributo de la Virgen María. Sobre la sexualidad y la vegetación hablaremos en las conclusiones de este escrito.

Las festividades rituales de Adonis se celebraban en el solsticio de verano, por lo menos en Atenas y probablemente en toda Grecia, según se deduce de los textos de Tucídides

(VI, 30) y de Plutarco (*Alcibíades*, 19). Este período marca el fallecimiento de Adonis y está cargado de valencias funerarias, las cuales no son ajenas a las hierofanías vegetales, porque la vida debe conocer la muerte para un efectivo renacimiento y para una consistente regeneración vital. Durante los ritos, las imágenes de Adonis eran colocadas en las terrazas de las residencias; las mujeres las rodeaban y las paseaban en procesión por la villa; realizaban toda clase de gestos lastimeros y se golpeaban el pecho, como muestras de un profundo dolor, igual al sentido por las diosas Afrodita y Perséfone. Objetos afines a los misterios iniciáticos, tales como cestas, ofrendas cosmestibles y florales, testimonian el nexo de estos rituales en honor de Adonis con la idea de la muerte, el renacimiento y la esperanza en la vida futura, o sea, el destino *post mortem*.

#### 4. Cintéotl y el maíz sagrado

El valor mágico y farmacológico de ciertas hierbas se debe al prototipo mítico de la planta, por el hecho de constituirse en una hierofanía vegetal, o bien, por el suceso de haber estado en contacto, *in llo tempore*, con un dios. Ninguna planta espreciada por sí misma, sino sólo porque participa de un arquetipo, o gracias a la repetición de ciertos gestos y palabras, los cuales aíslan a la especie vegetal del espacio profano, consagrándola inmediatamente. Notemos que tales apreciaciones son aplicables a todas las hierofanías: la piedra, el árbol, el cielo, la tierra, el sol, la luna, las aguas son valorados en función de la sacralidad que muestran dentro del contexto mítico-religioso.

Así, las hierbas recogidas tienen trascendencia, valor y eficacia únicamente en tanto quien las recoge repite aquel gesto primordial de la curación, de la inmortalidad o de la regeneración cíclica.

Esas mismas concepciones de la vida y de la realidad simbolizadas en la vegetación explican lo que podríamos llamar relaciones místicas entre los árboles y los hombres. El más categórico de estos nexos es el que pregona la descendencia humana de una especie vegetal. El árbol o el arbusto es considerado como el antepasado mítico de la población. Generalmente, este árbol genealógico está en estrecha relación con el culto lunar: ese antepasado mítico, asimilado a la luna, está representado bajo la forma de una especie vegetal. Por ejemplo, en la zona central de Australia, para la tribu Dieri, los árboles fueron sus ancestros, razón por la cual los cuidan en extremo y se niegan rotundamente a que algún foráneo los tale, pues, si otorgasen tal permiso, serían castigados de manera terrible por no cuidar a sus progenitores.

Sin embargo, ya hemos podido deducir la solidaridad existente entre el hombre y una determinada especie vegetal, solidaridad que está concebida como un circuito continuo entre el nivel humano y el vegetal. Una vida humana a la cual se ha puesto fin violentamente, se continúa en una planta; la planta, a su vez, si se corta o se quema, da origen a un animal o a otra planta, que termina por recobrar la forma humana. Podemos resumir así las implicaciones teóricas de estos mitos: la vida humana se consume totalmente para agotar todas sus posibilidades de creación o de manifestación; no obstante, si se ve bruscamente interrumpida por una muerte violenta, intenta prolongarse con una forma distinta: planta, fruto o flor. Así lo evidenciamos en el análisis del relato de Adonis, en el apartado precedente: de la sangre del bello joven surgieron tres especies vegetales, las rosas, las anémonas y la menta.

Retomando esta última idea del nacimiento de vegetación, a partir de la muerte de un ser con esa valencia vegetal, en la provincia de Chalco, de raíces aztecas, se narra el origen del maíz de la siguiente manera: Pilzintecutli se ayuntó con Xochiquetzal y de esta unión nació Cintéotl —o Tzentéotl—, la deidad nahuatl del maíz. El dios se introdujo en la región ctónica, habiendo pasado por el tránsito de muerte, y del cuerpo emergieron distintas especies vegetales: de sus cabellos surgió el algodón; de ambos ojos, dos especies de semillas de muy buena calidad; de su nariz, una semilla llamada chía (*salvia chia*), la cual en Costa Rica se conoce con el nombre de chan y se utiliza para elaborar refrescos; de sus dedos, el camote (advocada en otras regiones americanas como batata); de sus uñas, el maíz tierno y del resto de él muchos otros vegetales y frutas. Aparentemente, por estos donativos para la humanidad, fue más apreciado que otros dioses, por lo cual lo bautizaron con el epíteto “el señor amado”. Curiosamente, según un antiguo himno mexicano, el nacimiento de Cinteótl tuvo lugar en el Tamoanchan, el cielo nocturno, por lo cual algunos identifican al dios del maíz con la estrella matutina o la estrella vespertina (en definitiva, el planeta Venus). En este sentido, según la mitología cora, etnia del grupo de los sonoras, el dios de la estrella vespertina es el dios del maíz, que es bajado del cielo.

Cintéotl manifiesta el rasgo incipiente de la vegetación, por intermedio del maíz tierno, que apunta a la posibilidad eterna de la regeneración cíclica, justamente porque este maíz está en ciernes, en potencialidad; en resumen, joven, símbolo de la perennidad. El dios está ligado de manera estrecha con Chicomecóatl, literalmente “las siete serpientes”, también conocida como Xilonen, la mazorca tierna, deidad de la abundancia, divinidad de gran trascendencia en el valle de México. El número siete, que aparece como parte de su nombre, está ligado simbólicamente con la suerte y el poder generativo. Curiosamente, dentro de las supersticiones de los Estados Unidos, se considera de buena suerte mantener un tallo de maíz suspendido sobre un espejo. La diosa Chicomecóatl es presentada en los documentos aztecas con su cuerpo y su cara pintadas de rojo, ataviada con un distintivo rectangular sobre su cabello y con un abanico de papel rojo.

Siendo el maíz la base de la dieta mesoamericana, en las culturas mexicanas y afines, aparte de su obvio nexo con lo vegetal y sus implicaciones, es, a la vez, expresión del sol, del mundo y del hombre. El sol y la vegetación completan un ciclo homólogo, *mutatis mutandis*, de perennidad y de eternidad, sólo que, por influjo del simbolismo selénico, las especies vegetales han de padecer la decrepitud y la muerte, para la efectiva regeneración cíclica, de la mano con la ley de devenir y, en nuestro caso, el maíz evidencia claramente la prosperidad y la fertilidad. En el *Popol Vuh*, la óptima formación del ser humano no se logra sino hasta que se utiliza el maíz como materia prima, pues hubo dos modelos fallidos de otros materiales (arcilla y madera): el hombre de maíz es nuestro padre ancestral, según los mitos maya-quichés. Nuevamente reafirmamos el concepto de la ascendencia vegetal, esbozado párrafos atrás.

## 5. Consideraciones transitorias

Como parte de las hierofanías vegetales, el árbol se convierte en sagrado, sin dejar de ser árbol, en virtud del poder que manifiesta, y si se convierte en un árbol cósmico es porque lo evidenciado repite punto por punto la estructura completa del cosmos, en esencia, los tres niveles universales: cielo, tierra e infierno. El árbol es la morada del dios de la fertilidad

y toda especie vegetal es una expresión de las ciencias civilizadoras (las artes, la agricultura, el arte de escribir); por ejemplo, cuando Odín aprende las runas, luego de estar en contacto con el árbol cósmico. Por un lado, Calipso era una de las innumerables teofanías de la gran diosa, que se revelaba en un centro del mundo, junto al *omphalos*, el árbol de la vida y las cuatro fuentes. Por otra parte, la vid era la expresión vegetal de la inmortalidad en muchas de las tradiciones; es el símbolo de la juventud, de la vida eterna y de la civilización. Recuérdese, en este punto, cómo Odiseo le puntualiza al cíclope, Polifemo, su salvajismo por el hecho de desconocer la vid y el vino. En Siria y Babilonia el vino deviene del árbol sagrado de la vida. Los escritores del Antiguo Testamento adoptaron la vid como el emblema del pueblo elegido y los autores del Nuevo Testamento hicieron del vino el emblema de Cristo (Juan 15, 1, 5).

El motivo mujer desnuda-vid-árbol se ha transmitido también en los mitos apócrifos cristianos. Así, contábase que Pilatos encontró a su mujer, desnuda, en una viña, junto a una cepa, la cual había brotado de sus vestidos manchados con la sangre de Cristo y que había producido frutos milagrosamente. Este relato está influido por el motivo creacional de las plantas, seguida del sacrificio de una divinidad o de la muerte violenta de un héroe.

El árbol es, además, el protector de los recién nacidos, porque facilita el nacimiento y vela por la vida de los niños, al igual que la tierra. Por ende, tocar los árboles o acercarse a ellos es benéfico, fortificante y fertilizante. Leto dio a luz a Apolo y Artemis arrodillada en una pradera y tocando con la mano una palmera sagrada de la isla de Delos. Amén del paradigma cósmico del que reciben sus virtudes, las especies vegetales facilitan el parto, incrementan el poder genésico, aseguran la fertilidad y riqueza. La coexistencia de los motivos florales-acuáticos con los motivos vegetales-femeninos se fundamenta por la idea central de la creación inagotable, cuyo símbolo es el árbol cósmico, que se identifica con la gran diosa y las hierofanías vegetales, cuyas implicaciones de regeneración cíclicas son evidentes: nacer-crecer-decrecer-morir-renacer. En la iconografía cristiana, a menudo se sitúa a la Virgen María en un jardín cerrado, rodeado de un muro circular, con el árbol de la vida en el centro y con una fuente, lo que implica, simbólicamente, la presencia de la “sangre lunar”. Las flores en un vergel expresan los conceptos anteriores. La sangre menstrual era llamada la flor, en la terminología bíblica, que da fruto en el útero. Así, el jardín cercado es una matriz, la cual participa de lo telúrico, lo selénico y lo vegetal al mismo tiempo. El coral fue nominado el árbol de la vida del océano y su color rojo fue atribuido a la sangre femenina, tanto del parto como de la menstruación.

Los cultos de la vegetación son mucho más complejos de lo que su nombre pudiera indicar. A través de las hierofanías vegetales, es la vida entera, es la naturaleza la que se regenera en múltiples ritmos y a la cual se honra, se promueve y se solicita. Las fuerzas vegetativas son una mostración de la vida cósmica. Lo importante aquí es la concepción del circuito continuo entre el nivel vegetal —considerado como fuente inagotable de vida— y el nivel humano: los hombres son simples proyecciones energéticas de una misma matriz vegetal, formas efímeras que el desdoblamiento del nivel vegetal hace aparecer incesantemente. La realidad y la fuerza no tienen su base ni su fuente en el hombre, sino en las plantas. El hombre no es sino la aparición efímera de una nueva modalidad vegetal. Al morir, es decir, al abandonar la condición humana, vuelve —como simiente o como espíritu— al árbol. Efectivamente, esas fórmulas concretas expresan sólo un cambio de nivel. Los hombres vuelven a integrarse en la matriz universal, adquieren nuevamente al estado de semilla, vuelven a convertirse en gérmenes. Esta concepción fundamental aparece también en todas las creencias relacionadas con la tierra madre y la mística agraria. La muerte no es otra cosa más que un

cambio de modalidad, un paso a otro nivel, una reintegración a la matriz universal. Si la realidad y la vida se formulan en términos vegetativos, la reintegración se efectúa por una simple modificación formal; de antropomorfo, el muerto pasa a ser dendromorfo.

De las hierofanías vegetales podemos extraer las siguientes relaciones:

- a. piedra-árbol-altar, que constituye un microcosmos efectivo y total.
- b. árbol-imagen del cosmos-*axis mundi* (cielo, tierra e infierno).
- c. árbol-símbolo de la vida, de la fecundidad inagotable, de la realidad absoluta; conjunto vinculado con la gran diosa o el simbolismo acuático; conjunto identificado con la fuente de la inmortalidad.
- d. árbol-centro del mundo y soporte del universo.
- e. árbol-hombre, como receptáculo de las almas de los antepasados, el matrimonio de los árboles, la presencia del árbol en las ceremonias de iniciación, ancestro mítico de la etnia.
- f. árbol-regeneración de los ciclos, conjunto que implica el renacimiento, la perennidad y la eternidad, a partir de la vegetación y su destino.

## Bibliografía

Apolodoro. 1993. *Biblioteca mitológica*. Madrid: Alianza.

Bión. 1981. *Idilios*. México: Porrúa.

Calimaque. 1953. *Epygrammes. Hymnes*. Paris: Sociéte d'edition Les Belles Lettres.

Chinchilla Sánchez, Kattia. 1993. "La leyenda de la laguna del Volcán Barva". *Revista de Filología y Lingüística*. XIX (2): 83-86.

Diógenes Laercio. 1973. *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*. Madrid: Aguilar Estrabón.

Frazer, James. 1982. *La rama dorada*. México: F.C.E.

González Torres, Yolotl. 1991. *Diccionario de mitología y religión en Mesoamérica*. México: Larousse Higinio.

Krickeberg, Walter. 1988. *Mitos y leyendas entre aztecas, incas, mayas y muiscas*. México: F.C.E.



- Gaster, Theodor H. 1973. *Mito, leyenda y costumbres en el Libro del Génesis*. Barcelona: Barral.
- Ovidio. 1969. *Metamorfosis*. Barcelona: Iberia.
- Pausanias. 1986. *Descripción de Grecia*. Barcelona: Orbis.
- Parrot, Nell. 1937. *L'arbre sacré*. Paris: Hachette.
- Plinio. 1958. *Historia Natural*. Madrid: Aguilar.
- Plutarco. 1921. *Vidas paralelas*. París: Garnier.
- Sahugún, Bernardino de. 1956. *Historia General de las cosas de Nueva España*. México: Porrúa.
- Sófocles. 1980. *Tragedias*. México: Porrúa.
- Suetonio. 1978. *Vidas de los Doce Césares*. México: Cumbre.
- Tácito. 1984. *Anales*. Navarra: Txertoa.
- Teócrito. 1973. *Idilios*. Madrid: Aguilar.
- The Other Bible: Gnostic Gospels. Dead Sea Scrolls. Visionary Wisdom Texts. Christian Apocrypha. Jewish Pseudepigrapha. Kabbalah*. 1984. New York: Harper Collins Publishers.
- Tibulo. 1969. *Obras Poéticas*. Barcelona: Iberia.
- Tucídides. 1975. *Historia de la guerra del Peloponeso*. Barcelona: Juventud
- Varrón. 1935 *De re rustica. De lingua latina*. Roma: s.e.
- Zeledón, Elías (comp.). 1989. *Leyendas costarricenses*. San José: Museo de Cultura Popular.